

FIESTA DEL PENSA MIENTO

Revista cultural de los Montes de María y del Caribe - San Jacinto - Bolívar - Colombia | Edición n°1 ISSN en trámite



Adolfo Pacheco Anillo

»*El último juglar de Los Montes de María*





Edición N°1
Enero 2021

San Jacinto - Bolívar
Revista semestral

Editor:

Fundación Fiesta del Pensamiento

Consejo Editorial:

Numas Armando Gil Olivera
Tomás Vásquez Arrieta
Fredy Chamorro Tovar
Julio Alandete Arroyo

Diseño Editorial:

Fabian Sarmiento Muñoz

Corrección de estilo:

Miguel Mateo Manrique
Ivis Martínez Pimienta
Taller Literario Clemente Manuel
Zabala

EDITORIAL

La XV versión de la Fiesta del Pensamiento es un paso más en la consolidación de nuestro evento, como un referente cultural de carácter literario, poético, musical y artístico en general en el Caribe colombiano. El acervo cultural de los Montes de María representado en la música ancestral de gaita o del porro sabanero, en la tradicional artesanía propia de la cultura indígena Zenú, la inconmensurable obra poética en canciones de los juglares y la producción literaria de muchos escritores narrando los acontecimientos históricos más relevantes de la región, se convierte en un atractivo poderoso para los actores culturales del país y del mundo. Año tras año es muy grande el número de escritores, poetas, filósofos, científicos, teatreros y músicos que a y piden ser partícipes de este gran acontecimiento cultural, realizado en la primera semana del mes de enero.

En este escenario nace nuestro nuevo órgano de difusión, que recoge el acontecer del evento con el nombre que siempre debió tener desde el inicio del mismo. Y ese nombre es precisamente FIESTA DEL PENSAMIENTO, Revista Cultural de los Montes de María.

En este primer número que será virtual, hemos querido resaltar las historias de los homenajeados de cada municipio de la región montemariana; los ensayos y ponencias que recogen los temas más álgidos del momento científico, pedagógico y político del país, analizados a la luz de la experiencia académica e intelectual de los autores; las agudas crónicas y los análisis sesudos de periodistas que plasman su criterio sobre la realidad nacional; los cuentos y poemas de los creadores literarios, que van más allá de las sentimientos, las sensaciones y de las metáforas imaginadas al calor de su inspiración y de su propia percepción de la realidad.

Será un filón dorado leer despacio estas letras virtuales, y extasiarse con su contenido, que en un futuro no lejano tendremos la oportunidad de disfrutar, oliendo el aroma de su impresión, sobre tinta y papel verdaderos.



Índice

Editorial 2

Homenajeados

Carmelo Torres	5
Emiro Figueroa Pérez	7
José Costa Pimienta	8
Gladys Tamara Bustillo	10
Betty Ochoa	12
Miguel Manrique	14
Jaime Castellar Ferrer	16
Dolcey Gutiérrez	18
José Ramon Mercado	20
Pedro José Buelvas	22

Ensayos y Ponencias

El Dilema De Los Concursos Y Los Premios	23
Del Fujiyama Al Cerro De Maco	25
Cultura, Paz, Territorio Y Radiofusión: Caso San Jacinto	27
Qalam: A Propósito Del Escribiente Bartleby En Giorgio Agamben	29
La Poesía De José Ramón Mercado, Instrumento De Indagación De La Dinámica Familiar Montemariana	31

Crónicas y Análisis

Entre Paíto Y Llirene Que Entre El Diablo Y Escoja	33
Del Paro Del 14 De Septiembre De 1977 A Las Protestas Populares De 9 Y 10 De Septiembre De 2020	36
Desesperanza: Análisis Filosófico De Un Sentimiento	40

Personajes

Andrés Landero. Un Juglar Que Aún Permanece En La Provincia	43
Entrevista A Manuel Pachón	47
Crescencio Salcedo Plagió La Melodía De "El Cafetal"	49
Adolfo Pacheco, "El hombre del espejo"	51

Creaciones (Cuentos y Otros Relatos)

Yo, ¡Un Llanero Olvidado!	53
Poetas Al Costado De La Vida.....	54
Un Regalo Del Cielo.....	54
Sueños A Medias	58
Entre La Sed Y La Nostalgia	59
Devenir De La Existencia	60
Delirios, Espejos	61

Creaciones (Poemas)

Creaciones Manuel Pachón	62
Las serpentinas	62
A la Mujer Originaria	63
RASTROS DE SANGRE	63
Creaciones Cecilio Castellar	64
Juventud y Muerte	65
Rafael Gallo Paredes	66
Ruth Gómez Medina	67

Tejiendo Cultura..... 68

**Publicación financiada por El Programa Nacional
de Concertación Cultural 2021**



**La cultura
es de todos**

Mincultura

Desesperanza: análisis filosófico de un sentimiento

"Filosofar es pensar la propia vida y vivir el propio pensamiento"
-Andrea Comte-Sponville



Escrito por:
Dayana De La Rosa Carbonell

El quehacer filosófico demanda, además del ejercicio académico, una reflexión y actuación constitutiva de la propia vida. Ese "conócete a ti mismo" nos acompaña en esta actividad desde la antigüedad griega. Sin embargo, en un ejercicio de citación tras citación propias de la dinámica industrializada del conocimiento, la producción científica demanda el respaldo del argumento de autoridad para validar la reflexión filosófica y abandona esa reflexión sobre lo cotidiano.

Por supuesto, vuelvo al "conócete a ti mismo"; pues hay un sentimiento que yo desconocía, por eso solo me tropezaba con él en mis lecturas de Nietzsche, por ejemplo; pero esa idea que no es tuya, que no sientes, que no sufres, sin duda, no te interpela, no te trasnocha, no te genera crisis existencial, no te conlleva a eso que es para lo que sirve la filosofía.

A propósito, los dirigentes

políticos, pueden desconocer en su mayoría- para qué sirve la filosofía pues -es probable- que nunca se hayan cuestionado su propia vida, y una vida que no es examinada es una vida que no merece ser vivida, parafraseando a Sócrates. Así que, sus afirmaciones sobre las utilidades de la filosofía para salir de los círculos de pobreza obedecen a la más amplia ignorancia de lo que es la filosofía, de su quehacer y de su utilidad. Como es obvio, de enterarse que la filosofía sirve para que los ciudadanos ejerzan la ciudadanía adecuadamente y se ocupen del bien común, entre otras, porque entienden el significado de "bien común", individuos como muchos de estos dirigentes que no solo nos avergüenzan, sino que están envueltos en corrupción, jamás llegarían al poder.

Pues bien, en mi vida, ningún sentimiento, ningún desamor, traición, negativa ante una propuesta de la cual depende mi proyecto de vida, ningún abandono, ninguna pérdida, jamás me habían generado desesperanza.

Se preguntarán entonces cómo alguien como yo, para los que me conocen, y los que no me conocen, alguien nacida del mestizaje propio latinoamericano, que además se siente negra, con una sonrisa amplia, con los ojos iluminados

como el sol de mi Caribe colombiano, con mi caminar de tormenta tropical, siempre sacando una risa, teniendo siempre un plan "B" por si el plan "A" falla, sin temores de perder, y no porque no perdiera, sino porque "para atrás ni para coger impulso", termina sintiendo un vacío, una angustia, una desazón jamás sentida, unas lágrimas incontrollables sin desgarro, un sentimiento que ¿cómo podía identificarlo si antes no lo había sentido?

De repente, en medio de mi caos, interno, y del caos social del 2 de octubre de 2016, cuando en Colombia se daban los resultados a través de los medios de comunicación que anunciaban la pérdida del "Sí" al acuerdo de paz logrado en La Habana por el gobierno de turno con la guerrilla de las FARC-EP después de 52 años de conflicto armado no internacional, una llamada me aterriza; mi madre me pregunta que "¿qué pienso del resultado?" y le respondo con lágrimas, que no lo sé, no, que solo siento "desesperanza".

Desde entonces, en mis días y mis noches, en mis clases, las preguntas que me asaltan e interpelan para ser respondidas filosóficamente son: ¿qué es la desesperanza? ¿por qué un ser humano la siente? ¿por qué los animales humanos nos desesperanzamos? ¿qué hace que la desesperanza



genere tanta y tan incalculable tristeza?

Por supuesto, la respuesta corta a mis preguntas es: que yo tenía esperanza. En este caso concreto, en que la respuesta de los ciudadanos colombianos que estaban habilitados para votar respaldaran con su voto el “Sí” para la terminación del conflicto armado interno con la guerrilla más antigua del continente, al no ocurrir esto, sino que, con una alta abstención de voto y una diferencia irrisoria el “No” ganó en las Urnas y a mí me dejó en la desesperanza.

Pero, a razón de qué, yo, una atea convencida de que los valores religiosos monoteístas, en especial, el judeo-cristianismo nos tiene sumidos en una sociedad enferma, hoy doblemente enferma producto del capitalismo basado en el consumo y sus otras lógicas de dominación y homogeneización, podía estar sumida en un sentimiento-valor llamado “esperanza”, ese mismo asociado a la tradición cristiana.

Lo primero que debo aclarar sobre la esperanza es que su registro es anterior al cristianismo. Aparece en la mitología griega, específicamente en el mito de Pandora. Recordemos qué en el mito, a Pandora se le da a guardar una vasija que contiene todos los males de la humanidad. Dicha vasija no debía ser abierta para que no se escaparan los males e

invadieran al pueblo griego. Sin embargo, la curiosidad de Pandora fue superior a sus fuerzas y abrió la vasija liberándolo todo. Lo único que quedó dentro de la vasija fue el espíritu de la esperanza. Esta es la versión más conocida del mito. En otra versión es lo contrario, Pandora resguardaba en la vasija todos los bienes y al abrirla estos volvieron de dónde venían: el Olimpo, quedando atrapada la esperanza, único consuelo de la humanidad.

En el cristianismo, la esperanza aparece como la tabla de salvación que permite ilusionarse con el futuro próximo, después de la muerte, en donde el sinsentido de la vida, el absurdo vivir, el dolor, la angustia y el sufrimiento propio de nuestra vida, pasarán y todo será perfecto. Los leones y los humanos se abrazarán tiernamente y no seremos su presa.

Pero, ¡yo no soy cristiana! por qué he de cobijarme en un sentimiento que no comparto. Desde que elegí el ateísmo como forma de vida, tengo por tarea resignificar los valores cristianos que me inculcaron en mi formación escolar y en mi familia. Por supuesto, como afirma Cassirer, somos animales simbólicos, y por más resignificación que haga, los sistemas de símbolos culturales no dejan de estar presente en mi cotidianidad, de significarme y envolverme.

Y, ¿qué esperaba? Esperaba que aquello que no conozco porque

no lo he vivido, como no lo han vivido las generaciones de colombianos nacidos después del bogotazo, se diera. Es decir, que en Colombia pudiera vivirse sin conflicto armado interno. Lo esperaba sin romanticismos. No creo que ese concepto de paz abstracto se materialice alguna vez, eso para mí es claro. Pero si creo en la paz como ausencia de guerra o conflicto armado.

Es decir, que mi esperanza estaba puesta en otros. Esperaba que otros entendieran lo que yo. Que con el acuerdo de paz no se solucionaba el hambre y muerte de los niños wayuu, ni la alta tasa de desempleo y de subempleo, el acceso a vivienda digna, medios de transporte seguros y eficaces, acceso a servicios públicos de alta calidad y sin sobre costos. Que, con el acuerdo de paz, solo-como si fuera poca cosa- lográbamos que el 6% de nuestro PIB dejara de irse a la guerra, a las armas, a la industria de la muerte. Que comprendieran que, si no hay conflicto armado, aunque somos líderes en corrupción, se aumentaría los recursos que se le inyectan a salud y educación, por ejemplo. Que más allá del odio y repugnancia por los participantes del conflicto armado entendieran que los del bando “bueno” y “malo” también son colombianos, son personas, tienen familia y, que, por encima de eso, podíamos empezar a convivir sin resolverlo todo a través de las armas.

Yo tenía mis esperanzas en otros y no en lo que dependía de mí



Lo que llamaron en ese momento la “plebitusa” me duró varios días, aun cuando había conversado esa semana previa con personas cercanas sobre la posibilidad de que el NO ganara. Todo basado en un análisis de los discursos que se movían en contra del SÍ. Discursos de odio, rencor, no reconciliación, discriminación, exclusión, en fin, este sí que es un largo etcétera.

Mi esperanza, no sabía que se llamaba así eso que sentía por ver un país, una sociedad reconciliándose consigo misma, me abandonó con el resultado del plebiscito. Y ahí aparece la desesperanza.

¿Desesperanza en qué? En la Humanidad que me es próxima, es decir, en los colombianos como sociedad. Aunque la diferencia fuese mínima, sabía, sé, que el problema no es la aplicación y ejecución del acuerdo, no. El presidente (quien sea que ocupe el cargo) tiene facultades constitucionales para ponerlo en marcha, como efectivamente pasó en el gobierno de 2016. Pero, el problema es mayor: Somos una sociedad acostumbrada al exterminio de la diferencia.

La refrendación del pueblo aprobando la terminación del conflicto nos ponía como sociedad a ser garantes del cumplimiento del mismo, por parte de todos los bandos. Nosotros seríamos los encargados de velar porque no se asesinara a los desmovilizados como se hizo

con la UP, Unión Patriótica, partido político creado después de la dejación y entrega de armas por parte del grupo guerrillero M-19. Que las víctimas tuvieran acceso a la verdad, la reparación total y sobre todo, a que la sociedad colombiana en pleno tuviéramos garantías de No repetición.

Por supuesto, con la puesta en marcha del Acuerdo, nuestra sociedad se “polarizó” y se radicalizó esta indiferencia sobre lo que ya hemos naturalizado y una minoría, nos aterraremos de que esta historia se repita.

¿Solución alguna? Sobre el proceso de paz para llegar a ser alguna vez una sociedad en posconflicto, el asunto requiere de un espacio más amplio. No es suficiente con decir que los del “No” carecen de criterio, hay que ir más allá y pensar en las necesidades que deben ser resueltas para que se piense en maneras distintas en la resolución de conflictos.

Y ¿sobre la desesperanza? Aún no sé. Camino igual que siempre, pero consciente de que mi esperanza sobre el provenir de una sociedad como la colombiana, como Inglaterra después del Brexit, como la norteamericana con Trump presidente, no debe ni puede estar puesta en los otros, sino, en mí y en lo que puedo hacer a través de la filosofía, de la pedagogía, de mi vida diaria. Por supuesto, no soy la única a la que la desesperanza a

interpelado filosóficamente. André Comte-Sponville ha dedicado un par de sus trabajos a pensar la desesperanza, como lo hace en el texto “La feliz desesperanza”, publicado originalmente en francés en 1999 y traducido y publicado en español en el 2008.

“Tan solo seremos felices en proporción a la desesperanza que seremos capaces de soportar” (26)

